


A M O D E L
ESPACIO

The background of the cover is a vibrant, multi-colored nebula with shades of blue, purple, pink, and orange. Two black silhouettes of hands are positioned in the lower half of the frame, palms facing each other and fingers slightly spread, as if reaching towards the light of the nebula above. The overall composition is centered and symmetrical.

FREDRIC BROWN

Es innegable que el hombre que busca a una mujer verde, el detective que, en lugar de entregar los maleantes a la policía, los convierte en personas decentes, el último hombre sobre la Tierra que oye llamar a su puerta, la rata que habla con acento alemán, etc., tienen todos un parecido: lo insólito.

Estos relatos de Fredric Brown son todos ellos dignos de figurar en una antología de cuentos de Anticipación. Después de haber leído, por ejemplo, *Pi en el cielo* —este rasgo de humorismo futurista que nos recuerda a Wodehouse— o *Llamada* —este feliz hallazgo de describir todo el patetismo y la intriga de una situación en sólo dos líneas— o *Ratón estelar* —en que lo fantástico se mezcla con lo cómico y lo sentimental en una armonía de una delicadeza exquisita— o *Ven y enloquece* —donde se impresiona profundamente al lector con una obsesionante historia de gran fondo filosófico que nos recuerda a Edgar Poe—, el lector de *Amo del espacio* estará de acuerdo en que en muchas novelas de dimensiones corrientes, el autor no ha dado tanto de sí como en estos relatos.

Prólogo

por Miguel Masriera

COLECCIÓN NEBULAE presentó ya a Frederic Brotan a los lectores de habla castellana con la novela «Universo de locos» (Nº 18), que ha tenido el éxito que merecía, dejando al público con ganas de saborear más obras de este autor. Para satisfacerlas nos ha parecido oportuno publicar esta otra novela, o colección de novelas *Amo del espacio* (en inglés *Space on my hands*).

Como verá el lector las historietas que componen esta novela están completamente desligadas entre sí en el argumento, de manera que pueden leerse independientemente sin que al parecer tengan otro nexo común que el haber sido escritas por el mismo autor. Digo al parecer porque creo que, reflexionando bien, puede encontrársele una semejanza a todas ellas y es el que en todas se muestra algo tan fuera de lo corriente, tan paradójico, aunque en realidad se justifique, que el lector no puede dejar de reconocer, como rasgo común, una imaginación prodigiosa, una originalidad indiscutible y un estilo tan directo, vivo y ágil que hacen que la lectura sea siempre amena e interesante.

Quizá por esto el autor antepone a la colección una lista de los protagonistas de cada historia, aunque sean personajes que en el libro no se relacionen nunca, pero no me negarán ustedes que el hombre que busca una mujer verde, el detective que, en lugar de entregar los maleantes a la policía, los convierte en personas decentes, el último hombre sobre la Tierra que oye llamar a su puerta, el asesi-

nado de cinco maneras diferentes, la rata que habla con acento alemán, etc., tienen todos un parecido: lo insólito.

Según mi humilde criterio estas novelitas son, casi todas, dignas de figurar en una antología de novelas cortas de este género, porque son lo que debe ser la novela corta o sea, no un capítulo de una novela larga, sino una novela concentrada. Cualquiera de las que forma esta colección podría evidentemente haberse ampliado a las dimensiones de una novela corriente; hay en ellas suficiente originalidad y argumento para ello, es más: hubiera sido muy fácil hacerlo y si Brown no lo ha hecho es sin duda para, en un alarde de su poderosa inventiva, dar al público, en una novela, material suficiente para haber escrito nueve.

Después de haber leído, por ejemplo, «Pi en el cielo» —este rasgo de humorismo futurista que nos recuerda a Woodhouse— o «Llamada» —este feliz hallazgo de describir todo el patetismo; la intriga de una situación en tan sólo dos líneas— o «Ratón estelar» —en que lo fantástico se mezcla con lo cómico y lo sentimental en una armonía de una delicadeza exquisita— o «Ven y enloquecen» —donde, por rutas completamente distintas, se impresiona profundamente al lector con una obsesionante historia de gran fondo filosófico que nos recuerda a Edgar Poe—, el lector espero que estará de acuerdo conmigo en que en muchas — en la mayoría, por desgracia— de novelas de dimensiones corrientes, el autor no ha puesto tanto de sí como en estas historietas, alcañal de buena novela.

Querría, para terminar, que el lector me permitiese darle un consejo y es el de no dejarse influir por el Prefacio del autor. En él, éste, con el desenfado y la soltura que le son habituales quiere alardear de despreocupado e incluso parece asomar una punta de cinismo en su confesión de que ha escrito estas novelas tan sólo para ganar dinero. Francamente, después de leerlas, no puedo creerle. Desde luego, no tengo el gusto de conocer personalmente a Frederic Brown, pero no me lo imagino con la desfachatez y la des-

preocupación de que alardea. No; apostaría mucho a que Frederic Brown quiere darnos esta impresión de sí mismo por coquetería o incluso (si se quiere, por aquello de que se presume siempre de lo que a uno le falta), por timidez. Estoy seguro de que estas novelas no están escritas a vuela pluma, sino poniendo en ellas, con esmero y cariño, lo mejor de la extraordinaria fantasía, de la gran sensibilidad literaria y de los enormes recursos de este gran novelista que es Frederic Brown.

Presentamos a:

McGarry, el hombre que perdió treinta años de vida, y se daría por satisfecho si a cambio encontrara una mujer, aunque ésta fuese de color verde.

Bela Joad, quien supo cómo dominar el detector de mentiras, de una vez para siempre.

Roger Flutter, en la época que descubrió la primera estrella de la serie que fueron robadas.

Walter Phelan, quien halló con sorpresa que no era tan terrible ser el último varón sobre la Tierra, cuando llaman a la puerta.

Elmo Scott, un escritor que lleva monstruos en la cabeza.

Teniente Rod Caquer, que se encuentra con que un simple caso de asesinato, no es siempre un caso simple de...

Capitán Wherry, que podía reírse de una cucaracha que habla.

Mitkey, el ratón con acento alemán.

George Vine; ¿quién está loco, él o... usted?

Prefacio del autor

Sentado frente a la máquina de escribir, y ya dispuesto a empezar el prefacio a esta colección de historias, lo primero que se me ocurre es una pregunta: —¿Qué falta hace un prefacio?— Ninguna de estas novelas cortas es bastante seria para sentirse molesta si alguien las lee sin haber sido debidamente presentada.

Sentiré haber fracasado en el propósito que me guiaba al escribir este libro, si una de ellas resulta ser lo bastante envarada para querer saber su nombre y poder contestar que se siente dichosa de haberle conocido, antes de querer que la lea.

¿Por qué, entonces, estoy escribiendo esto?

¿Y por qué lo hace cualquier escritor —a menos que tenga un mensaje definido que teme que pase desapercibido y desee destacarlo al lector— al escribir el prefacio a un libro?

Yo voy a contar la verdad; ello se debe a que el editor del libro, ávido de unas cuantas páginas más gratis, lo ha acorralado diciéndole que el prefacio es necesario. De manera que el escritor pierde una tarde que podría mejor usar, de una de las muchas maneras en que una tarde puede pasarse agradablemente, tal como ¿pero, qué voy a contarles? Yo podría estar disfrutando de una de esas tardes en este momento.

De modo que ya ven, como me han obligado a que escriba un prefacio, voy a ser honesto y admitir que yo odio al escribir: prefacios, historias, novelas, cartas o tarjetas postales. Ninguna de estas novelas fue escrita porque yo disfru-

tara al escribirla, aunque me haya sentido muy satisfecho después de haberlas escrito, una vez terminadas y entregadas a la editorial.

También debo confesar lo siguiente: Las novelas de fantasía científica son las que menos me duelen escribir, y cuando he puesto Fin en la última página de una, siento mayor satisfacción que con cualquier otra clase de historias. Posiblemente ello es debido a que he escrito pocas novelas de fantasía científica en comparación a las que he publicado de misterio y policíacas, pero no creo que ello sea un factor muy importante. La razón principal es que la fantasía científica, dando mayores límites a la imaginación e imponiendo menos reglas y restricciones, se acerca más que ninguna otra clase de novela a poder expresar el verdadero arte del escritor.

El escritor de fantasía científica tiene el privilegio, que se niega a los escritores de cualquier otro tema, excepto los de pura fantasía, de adaptar el ambiente y el universo a la historia que quiere escribir y por lo tanto, puede alcanzar una unidad e integración en su obra, vedada al escritor que solamente tiene un universo en el que plantear sus argumentos y que debe retorcer y recortar los productos de su imaginación para que se adapten al molde inflexible de los hechos. Una palabra horrible hechos, cuando ésta nos impide llegar al futuro y a las estrellas.

Grandes palabras para tan pequeñas historias. Pero estoy satisfecho de haberlas escrito, porque hasta que no lo hice, no he comprendido cuan verdaderas son.

Por lo tanto, y arrepentido, escribiré mi prefacio por fin:

Lector, te presento mis historias; el pequeño ratón que no llegó a alcanzar la luna; los Monstruos que llegaron para alegrar la reunión; el hombre que se enamoró de la proyección telepática de una cucaracha; el detective que llevaba un traje rojo para pasar inadvertido; el avestruz con la corbata de pajarita y la nave espacial dentro de un bocadillo y la gallina que no podía hablar.

¡Y ojalá que disfrutes tanto leyéndolas, como yo he disfrutado al cobrar los cheques que me han pagado por ellas!

FREDRIC BROWN

VERDE TIERRA

(*Something Green*)

El enorme sol carmesí brillaba en el cielo violeta. En el límite de la planicie marrón, salpicada de arbustos marrones, se extendía la selva roja.

McGarry avanzó hacia ella dando zancadas. Explorar esas selvas rojas constituía una tarea ardua y peligrosa, pero era preciso hacerla. Había explorado un millar de selvas; ésta era, simplemente, una más.

Dijo:

—En marcha, Dorothy. ¿Todo listo?

La pequeña criatura de cinco patas que descansaba sobre su hombro no respondió, en realidad nunca lo hacía. No sabía hablar, pero era algo con lo cual hablar. Era una compañía. Por su tamaño y su peso, se parecía asombrosamente a una mano que reposara sobre su hombro.

Tenía a Dorothy hacía... ¿cuánto tiempo? Cuatro años, suponía. Estaba aquí hacía aproximadamente cinco, según calculaba, y la había encontrado alrededor de un año después. De cualquier manera, daba por sentado que Dorothy pertenecía al bello sexo, por la sencilla razón de que reposaba sobre su hombro como lo haría la mano de una mujer.

—Dorothy —anunció—, creo que debemos prepararnos para enfrentar problemas. Allí debe haber leones o tigres.

Deshebilló la funda de su pistola solar y apoyó la mano en la culata del arma, listo para sacarla rápidamente. Era por lo menos la milésima vez que agradecía a su buena estrella que el arma que había logrado rescatar de los restos

de su nave espacial fuera una pistola solar, la única arma que funcionaba prácticamente siempre, sin recarga ni munición. Una pistola solar absorbía energía y, al apretar el gatillo, la descargaba. Con ningún arma, salvo con una pistola solar, hubiese subsistido siquiera un año en Kruger III.

Incluso antes de llegar al límite de la selva roja, vio un león. No se parecía en nada a los leones que se ven en la Tierra, por supuesto. Éste era magenta brillante, un color tan diferente de los purpurinos arbustos tras los que se agazapaba que él podía distinguirlo nítidamente. Tenía ocho patas totalmente desarticuladas y tan flexibles y fuertes como el tronco de un elefante, y una cabeza escamosa con un pico semejante al de un tucán.

McGarry le llamaba león. Tenía tanto derecho a llamarlo así como de cualquier otro modo porque jamás se le había dado nombre. De lo contrario, el nombrador nunca había regresado a la Tierra para informar sobre la flora y la fauna de Kruger III. Por lo que mostraban los archivos, una sola nave había llegado allí antes que la de McGarry, y jamás había vuelto a levantar el vuelo. Ahora él se dedicaba a buscarla; la había estado buscando sistemáticamente durante los cinco años que llevaba allí.

Si la encontraba, era posible —sólo posible— que contuviera intactos algunos de los transistores electrónicos que se habían destruido cuando su propia nave se estrelló. Y si tenía un número suficiente, podría regresar a la Tierra.

Se detuvo a diez pasos escasos del borde de la selva roja y apuntó con la pistola solar a los arbustos tras los cuales se agazapaba el león. Apretó el gatillo y se produjo un brillante destello verde, fugaz pero hermoso —¡y qué hermoso!— y los arbustos desaparecieron, igual que el león.

McGarry rio suavemente entre dientes.

—¿Has visto eso, Dorothy? Era verde, el único color que no tenéis en vuestro rojo y sangriento planeta. El color más hermoso del universo, Dorothy. ¡Verde! Y yo sé dónde existe un mundo que es casi totalmente verde, y llegaremos a

él, tú y yo. Seguro que lo haremos. Es el mundo del que he venido, y el lugar más bello que existe, Dorothy. Te encantará.

Se volvió y echó un vistazo a la planicie marrón con arbustos marrones, el cielo violeta en lo alto y el sol carmesí. El sol de Kruger eternamente carmesí, que nunca se ponía en el lado diurno del planeta y una de cuyas caras siempre lo miraba, igual que una cara de la luna de la Tierra siempre mira a la Tierra.

No existían el día ni la noche..., a menos que uno pasara la línea de sombra a la cara nocturna, que era demasiado gélida para albergar vida. Tampoco se sucedían las estaciones. La temperatura era uniforme e invariable, no había vientos ni tormentas.

Pensó, por milésima o millonésima vez, que no estaría mal vivir en ese planeta, si tan sólo fuese verde como la tierra, si existiera algo verde en él, además del ocasional destello de su pistola solar. Su atmósfera era respirable, la temperatura moderada oscilaba entre los cuatro grados cerca de la línea de sombra y alrededor de treinta y dos directamente debajo del rojo sol, donde sus rayos caían en línea recta y no oblicuamente. Rebosaba alimentos y, tiempo atrás, había aprendido qué vegetales y animales eran comestibles y cuáles le hacían daño. Nada de lo que había probado era declaradamente venenoso.

Sí, un mundo hermoso. Incluso se había acostumbrado a ser la única criatura inteligente que lo habitaba. Dorothy era útil: algo a lo cual hablar, incluso aunque no respondiera.

Salvo que —¡oh, Dios!— quería volver a ver un mundo verde.

La Tierra, el único planeta del universo conocido donde el verde era el color predominante, donde la vida vegetal se basaba en la clorofila.

Otros planetas del sistema solar, vecinos de la Tierra, no tenían nada que ofrecer salvo las vetas verdosas de sus ra-

ras rocas, una ocasional y minúscula sombra animada que podría considerarse verde pardusco, si así lo preferías. Podías vivir durante años en cualquier planeta, en cualquier lugar del universo, y no ver nunca el verde..., salvo en la Tierra.

McGarry suspiró. Había estado pensando para sus adentros, pero ahora habló en voz alta para Dorothy sin interrumpir la línea de sus pensamientos. A Dorothy no le importó.

—Sí, Dorothy —comentó—, es el único planeta en el que merece la pena vivir... ¡la Tierra! Verdes campos, prados llenos de hierbas, árboles verdes. Dorothy, cuando regrese a ella jamás la abandonaré. Me haré una choza en el bosque, entre los árboles, pero no árboles tan frondosos que la hierba no pueda crecer a sus pies. Hierba verde. Y pintaré la choza de color verde, Dorothy. En la Tierra también tenemos pigmentos verdes.

Suspiró y contempló la selva roja que se extendía ante sus ojos.

—¿Qué me has preguntado, Dorothy?

Ella no le había preguntado nada, pero simular que lo hacía era un juego, un juego que le permitía a toda costa conservar la cordura.

—¿Si me casaré cuando vuelva? ¿Eso has preguntado? —Reflexionó un momento—. Bien, Dorothy, depende. Quizá sí, quizá no. Tú has recibido el nombre de una mujer que está en la Tierra, lo sabes. Una mujer con la que iba a casarme. Pero cinco años es mucho tiempo, Dorothy. Fue informada de que yo estaba extraviado y probablemente muerto. Ignoro si ella ha esperado todo este tiempo. Si lo ha hecho, bien, me casaré con ella, Dorothy. ¿Preguntas qué ocurrirá si no ha esperado? Bueno, no lo sé. No nos preocupemos por eso hasta que regresemos, ¿eh? Claro que si encontrara una mujer que fuera verde o incluso una que tuviera el pelo verde, la amaría con locura. Pero en la Tierra casi todo es verde, excepto las mujeres.

Rio ante semejante idea y, con la pistola solar preparada se internó en la selva, la roja selva en la que no había nada verde, excepto el ocasional destello de su pistola solar.

Resultaba gracioso. En la Tierra, el destello de una pistola solar era violeta. Aquí, bajo el rojo sol, cuando la disparaba, emitía un destello verde. Pero la explicación era sencilla. Una pistola solar extraía energía de una estrella cercana y el destello que emitía al dispararse era del color complementario de su fuente de energía. Cuando absorbía energía del sol, un sol amarillo, el destello era de color violeta. Si se trataba de Kruger, un sol rojo, el destello era verde.

Tal vez eso había sido lo único —además de la compañía de Dorothy— que le había mantenido cuerdo, pensó. Un verde varias veces al día. Algo verde que le recordaba cómo era el color. Y que mantenía sus ojos habituados a éste, si es que alguna vez volvía a verlo.

Resultó ser un pequeño fragmento de selva, como todos los fragmentos de selva de Kruger III, uno entre lo que parecía incontables millones de fragmentos. Y tal vez eran realmente millones: Kruger III era más grande que Júpiter. Pero menos denso, de modo que la gravedad resultaba fácil de soportar. De hecho, le hubiera llevado más de una vida recorrerlo. Lo sabía pero no se permitió pensar en la cuestión. Por lo menos no más de lo que se permitía pensar en que la nave podría haberse estrellado en la cara oscura, la cara fría. O no más de lo que se permitía dudar de que, una vez que diera con la nave, encontraría los transistores que necesitaba para hacer funcionar nuevamente la suya.

El fragmento de selva apenas medía una milla cuadrada, pero tendría que dormir una vez y comer varias veces antes de terminar de recorrerla. Mató dos leones más y un tigre. Cuando concluyó, rodeó la circunferencia, quemando cada uno de los árboles más grandes que crecían a lo largo del borde exterior: así no volvería a explorar esta misma selva. Los árboles eran blandos; su cortaplumas separó la roja

corteza del centro rosado con tanta facilidad como si hubiera pelado una patata.

Volvió a atravesar la monótona planicie marrón, esta vez con el arma expuesta al sol con el propósito de recargarla.

—Ésa no, Dorothy. Tal vez la próxima. Aquélla, cerca del horizonte. Quizá está allí.

Cielo violeta, sol rojo, planicie marrón.

—Las verdes colinas de la Tierra, Dorothy. ¡Oh, cómo te gustarán!

La interminable planicie marrón.

El invariable cielo violeta.

¿Había sonado algo allá arriba? Era imposible. Jamás había ocurrido. Pero levantó la mirada. Lo vio.

Una minúscula mancha negra se movía en el cielo violeta. Una nave espacial. Tenía que ser una nave. En Kruger III no había pájaros. Y las pájaros no dejaban estelas de fuego tras ellos...

Sabía lo que debía hacer. Había pensado un millón de veces cómo haría señales a una nave, si alguna vez aparecía ante su vista. Levantó su pistola solar, la apuntó directamente al aire violeta y apretó el gatillo. No se produjo un gran destello, dada la distancia de la nave, pero fue un destello verde. Si el piloto estaba mirando, o si tan sólo mirara antes de salir del alcance de la vista, no podría pasar por alto un destello verde en un mundo donde no había otra cosa verde.

Volvió a apretar el gatillo.

Y el piloto de la nave lo vio. Apagó y encendió sus reactores tres veces —la respuesta clásica a una señal de socorro— y empezó a dar vueltas en círculo.

McGarry comenzó a temblar. Una espera tan prolongada y un final tan repentino. Se palpó el hombro izquierdo y tocó al ser de cinco patas, cuyo contacto fue para sus dedos —así como para su hombro desnudo— como el de la mano de una mujer.

—Dorothy —le dijo—, es... —Se quedó sin palabras.